

- 3 Dibujaba desde unos pocos años antes.
- 4 En p. 66.
- 5 *Poesía y filosofía*, p. 47.
- 6 Disponible en: <https://www.vangoghmuseum.nl/en/collection/s0149V1962>.
- 7 Tal como afirmó Albert Aurier sobre sus girasoles, tal vez el único artículo importante que se publicó sobre el pintor mientras estuvo vivo, y que lleva por nombre *Los aislados*. Disponible en: <http://www.vggallery.com/misc/archives/aurier.htm>.
- 8 Disponible en: <https://www.vangoghmuseum.nl/en/collection/s0049V1962>. Similar lividez (aunque en un entramado alegórico) se puede observar en *El levantamiento de Lázaro* (al modo de Rembrandt).
- 9 <https://www.vangoghmuseum.nl/en/collection/s0029V1962>.
- 10 En p. 22
- 11 http://www.vggallery.com/painting/p_0737.htm.
- 12 Semejante a esta resulta *Campo de trigo primaveral en saliente*: http://www.vggallery.com/painting/p_0720.htm.
- 13 Como en *Campo con labrador y molino*: http://www.vggallery.com/painting/p_0706.htm; *Campo cerrado con labrador*: http://www.vggallery.com/painting/p_0625.htm; *Paisaje al atardecer*: <https://www.vangoghmuseum.nl/en/collection/s0107V1962>; *Cabañas: reminiscencia del Norte*: http://www.vggallery.com/painting/p_0673.htm.
- 14 En: http://www.vggallery.com/painting/p_0710.htm.
- 15 En: <http://www.wikiart.org/en/vincent-van-gogh/the-sower-sower-with-setting-sun-1888>.
- 16 Escarabajo de colores metalizados proveniente de Costa Rica. Disponible en: <https://www.flickr.com/photos/31595561@N05/8758662870>; https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/7/7a/Chrysinina_aurigans_GLAM_mus%C3%A9um_Lille_2016.jpg; <http://photos1.blogger.com/blogger/2427/2750/1600/Pauri.1.jpg>.
- 17 *Vincent van Gogh*, p. 287.

Bibliografía

- Artaud, A (1977). *Van Gogh, el suicidado de la sociedad*, España, Fundamentos.
- Aurier, A (1890). "The Isolated Ones: Vincent van Gogh" en: *Mercure de France*, junio, disponible en: <http://www.vggallery.com/misc/archives/aurier.htm>.
- Tralbaut, M (1969). *Vincent van Gogh*, Barcelona, Editorial Blume.
- Van Gogh, V (1995). *Cartas a Theo*, Bogotá, Editorial Norma.
- _____ (2000). *Cartas desde la locura*, México, Coyoacán.

Johan Esteban Acosta es Licenciado en Lengua Castellana de la Universidad de Antioquia. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.

Un hombre solo, siempre

Jairo Osorio Gómez

Tiene el nombre de un alquimista medieval: Cornelis Johannes Jacobus Maria Nooteboom. Incluso, en su aspecto parece un monje malgeniado. Desde mil novecientos setenta habita una casa del siglo dieciocho, en el casco histórico de Ámsterdam, y otra en la isla de Menorca, donde cultiva su propio jardín, tal como aconsejaba Voltaire.

Práctica la virtud anticuada de leer. También la de viajar, misma por la que optó luego de abandonar su empleo inaugural de funcio-

nario bancario, a comienzos de los cincuenta, después de la posguerra. Entonces aprendió el don de la trashumancia. Con los camioneros europeos, inicialmente, con quienes a su modo conoció otras lenguas ajenas, el español, entre ellas. Después, métodos más seguros lo llevaron por diversas rutas y experiencias que vinieron a darle la materia para sus libros.

En su apremio por la aventura, en mil novecientos cincuenta y siete se rastrean ya sus pasos por Surinam, después en Bahía, en

Formentesa, en Macao, en Nagoya... Por la misma época visita a Susan Sontag en París, en el “cuartito” en el que escribió ella uno de los ensayos sobre las interpretaciones del arte, *Bajo el signo de Saturno*. No le quedó nada en su memoria de aquella visita, pero él recuerda la timidez que le produjo en ese momento la escritora. Apenas normal, era joven, y todo joven es tímido por naturaleza.

En mil novecientos sesenta y ocho cruzó hasta Buenos Aires; allí vivió, y trabajó para la editorial Galerna. Conoció a Bioy Casares, a quien editó su libro *La otra aventura*, una colección de ensayos. La circunstancia de su nueva travesía le permitió mantener una relación afortunada con Borges durante tres años. (Tiempo más tarde, la muerte del poeta amigo lo sorprendería mientras caminaba por el castillo de Verin, Galicia).

La situación familiar en la infancia marcó su albur de peregrino habitual que lo caracteriza en la adultez: el recorrido obligatorio por varios colegios católicos, entre ellos, el monasterio franciscano de Venray (internado en el que permaneció dos años), y el gimnasio agustiniano de Eindhoven, influyeron en él en su formación disciplinada. Sin ellos no hubiera tenido la formación humanística que lo distingue: “No puedo imaginar mi vida sin el latín y el griego; habría sido otra persona”, repetirá luego en reportajes y charlas académicas.

Esa afición por visitar lugares confunde a sus críticos, que llaman desarraigo a su trashumancia despiadada. Por eso no extraña que el grueso de su obra la formen sus libros de viajes o sus novelas habituadas en territorios dispares como Sao Paulo y Australia, Japón o España, en una especie de cosmopolitismo del hombre actual. En el Japón ha realizado dos veces la romería llamada de Saigoku: treinta y tres templos dedicados a Kannon, la diosa de la misericordia.



© Jairo Osorio Gómez.

Ese hábito afianzó la claridad de su escritura desde los años cincuenta, elaborando reportajes y relatos de sus viajes para rotativos neerlandeses, con lo que aprendió a deshacerse de las mañas exageradas de los narradores. “Para escribir hace falta un cierto *connaissance du monde*, por eso empecé a viajar”, afirmará posteriormente.

Sus búsquedas tienen siempre un motivo literario. Hoy va tras Dante por entre las calles de Rávena, explorando su aposento final. Ayer fue Cortázar que lo obligó a introducirse por los pasadizos del Cimetière Montparnasse. Más atrás, Calvino lo atrae imantado hasta el castillo de la Pescaia, en la Toscana... Invariablemente es un verso, una frase, un recuerdo de otro recuerdo que lo invita a ir adonde el lector no se imagina. En su curiosidad se encuentra también con un bucanero en East Coker: William Dampier, quien tanto arrasó por aquí, en América, persi-

guiendo españoles junto a Sir Morgan. Curiosamente, el pirata es vecino en la muerte de T. S. Eliot, en la iglesia de St. Michael, rodeados ambos de vicarios y personalidades protestantes en ese lejano poblado adonde quiso finalmente el Poeta que lo llevaran con sus cenizas, en busca de sus antepasados.

Nació hace ochenta y tres años en la ciudad proverbial de La Haya: treinta y uno de julio de mil novecientos treinta y tres; “en las pantanosas y verdes tierras inundadas para ser tan sensible a la seducción de la dureza, y de la piedra”, nostalgia que comparte con quienes anduvieron en las mismas circunstancias de haber venido al mundo en medio de “un arenoso, un desierto, los albergues oscuros, la comida mezquina, una tierra que se extiende alrededor sin ser invitada, perezosa y gris”. Lo recuerda y dice en Úbeda y Baeza, mientras busca a Machado, en otro de sus viajes.

Padeció la guerra, y luego la posguerra europea como otro huérfano más. Su padre murió en el bombardeo nazi de La Haya, en mil novecientos cuarenta y cinco. Habla poco de ello, sin embargo. Como si no tuviera memoria de aquellos días tristes. “A veces me pregunto si tengo un pasado”, lamenta de a poco.

En su idioma, su apellido significa nogal; en el mismo, su nombre se pronuncia *Ceis Notbom* (se escribe Cees Nootboom), chapa con la que se le conoce de súbito como poeta, novelista, ensayista, traductor, hispanista. Hombre solitario que busca en sus recorridos incesantes el arraigo que no tuvo en la infancia. En ocasiones se acompaña de fotógrafo; desde mil novecientos setenta y nueve lo hace con su propia esposa, Simone Sassen, con quien retrató los sepulcros de cerca de ochenta escritores para su libro *Tumbas de poetas y pensadores*; un rodeo por cerca de medio planeta, durante más de un año, para hablar de la muerte, de esa relación de las letras con el tiempo. Con Nootboom aplica el voto de lealtad de Chateaubriand: “Mi fidelidad a la

memoria de mis antiguos amigos debería dar confianza a los amigos que me quedan”. Por eso fue posible ese su libro de barridos fatigosos, de incontables pasos, por los enterramientos de sus antecesores ilustres.

Escritor prolífico, cualquier lector puede encontrar con su nombre hasta cincuenta y ocho títulos publicados sólo hasta el año dos mil siete, de los cuales veinte son libros de viajes. Esto habla de su espíritu de conocimiento. Y tanto como sus libros, también colecciona premios: los más diversos en lenguas variadas de Europa. Y doctorados de universidades y medallas de gobiernos extranjeros. Y la distinción mayor de su país: el Premio de las Letras Neerlandesas, en dos mil nueve.

Sin embargo, su nombre parece maldito. Desde hace una década aparece irremediamente en la lista para el Premio Nobel, pero como si continuara la tradición de Hugo Claus (su amigo, el poeta belga que murió en dos mil ocho sin recibirlo), de Borges, de Proust, de Nabokov, de Kafka, de Calvino..., Nootboom pareciera engrosar esa lista selecta de los excluidos por cualquier razón caprichosa de quienes se encargan de otorgarlo.

Aun así, continúa siendo un insigne desconocido para el público común. Por esas paradojas de las ferias del libro, en la última de Bogotá, por ejemplo, a este hombre únicamente lo escuchamos medio centenar de curiosos en un auditorio para tres mil personas, mientras afuera una multitud de cinco mil esperaban por tres horas a que Nootboom desocupara la sala para escuchar a la tía Vallejo con su perorata repetida contra el Papa y los corruptos de la tierra. Entre tanto, otros diez mil imberbes lo hacían a la entrada general del recinto para dar oídos a un jovencito de las redes sociales que, con sus desatinos, entretiene a los aturdidos que le siguen.

Solitariamente, Nootboom abandonó el auditorio, se sentó en su camerino a descansar,

posó para el único fotógrafo fisgón que le siguió, yo, abrazó a la tía Vallejo en el tablado detrás del telón, y luego caminó abandonado por entre los pasillos del recinto, sin que nadie lo importunara pidiéndole nada. Un anónimo entre la asistencia variopinta. Solo yo lo perseguía para obturar una buena fotografía de él.

De lejos, Cees Nooteboom fue el escritor más importante que visitó la Filbo. También anduvo por aquí la bielorrusa Svetlana Aleksíevich, Premio Nobel 2015, pero para quienes saben, ésta le hizo la segunda. Porque el autor de *El desvío de Santiago* es distinto, con su espléndida erudición. “Un escritor que sabe más que nosotros mismos de nuestra historia, de nuestro tiempo y de nuestra gente”, advirtió alguna vez el editor Antoni Munné.

Cees Nooteboom es el Premio Nobel 2016, sentencio yo. De no serlo, no me habré equivocado; habrá desacertado otra vez la Academia Sueca, ese organismo de compromisarios sibilinos que rifan los turnos del galardón de acuerdo con los vaivenes de la geopolítica.

Tengo la sospecha de que CN es el Saramago neerlandés. Menos formal, en su aspecto físico, pero idéntico en su carácter de hombre solidario con las causas humanas más nobles. Debió haber alguna relación cercana entre los dos, su búsqueda de los ideales del hombre inocente los semeja.

Yo me atrevería a decir que Nooteboom hace una escritura que no tiene emociones excesivas (no escribe demasiado bien, dirán los académicos suecos), pero practica el oficio con la rigurosidad de quien dedicó su vida completa a ese único arte. Es un profesional de la escritura al que no puede dejar de leerse. Tal vez sea mejor poeta, no he leído su poesía (los pocos poemas de su libro *Tumbas de poetas y pensadores* dan una idea de su lirismo), pero su narrativa alcanza a entusiasmar en esos recorridos de peregrino deshollinador de pe-



© Jairo Osorio Gómez.

queños detalles. No en vano, la excelencia que le otorgan ha hecho que su obra se traduzca a más de una decena de lenguas importantes.

Cuando muera Nooteboom, a cualquiera le provocará ir a su sepulcro. En aquella visita singular se habrán revisitado las otras tantas de los poetas y pensadores que él recorrió un año largo, acompañado de su mujer, identificando el entorno de su perpetua estancia. Se ahorraría el visitante un tiempo precioso y escaso, visitándolo a él, aunque se haya perdido las infinitas emociones de haber tenido a sus pies a los demás escritores, que es lo que se hace cuando se pisa la tumba de un amigo. A Cervantes, no obstante, nadie lo pisotea. Está tan perdido donde sus trinitarias madrileñas.

Provoca, además, leyéndolo en su libro de dos mil siete (Ediciones Siruela), ser enterrado como Robert Louis Stevenson, lejos de todo, en medio de una isla del Pacífico, en el monte lejano de aquella, para ponerse de epitafio el verso del mismo Cees Nooteboom en el poema a Wallace Stevens: “Porque había que estar solo, siempre”.

Jairo Osorio Gómez dirige el Fondo Editorial de la Universidad Autónoma Latinoamericana. Ha publicado, entre otros, los libros: *Los días de Lisboa y otros lugares*, *La democracia traicionada – Los casos de México, Venezuela y Perú –*, *Pueblos itinerantes de Urabá*, *Gardeazabal*. *Confesión de parte* y *Familia*. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Máter*.